

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JUAN MANUEL PALACIO

¿Cómo era el territorio bonaerense cientos, miles de años atrás, en el origen de los tiempos? ¿Hasta dónde llegaba el Océano Atlántico? ¿Cuál era su aspecto físico y cuáles fueron sus transformaciones desde entonces hasta hoy? ¿Cómo se modificó el clima? ¿En qué momento llegaron los primeros pobladores y cómo evolucionaron las corrientes migratorias desde el siglo XVII hasta nuestros días? ¿Qué alteraciones sufrió el medio ambiente a lo largo del siglo XX?

Este primer volumen de la *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, dirigido por Hernán Otero, es una mirada de largo plazo sobre el territorio bonaerense y saca a la luz aquello que solemos olvidar, la zona menos atendida de los procesos históricos. Que es también, valga la paradoja, el espejo donde mejor puede apreciarse el desarrollo completo de la Provincia.

La obra se estructura en tres partes que presentan la historia geológica, climática y ambiental; el crecimiento y la dinámica demográfica, y un análisis de las principales poblaciones que marcaron el devenir histórico de la Provincia: la población indígena, antes y después de las sucesivas invasiones blancas; la población negra esclava; la inmigración europea. Todo ello sin olvidar la evolución de las zonas rurales, la emergencia y consolidación del sistema urbano y las migraciones de los países limítrofes.

Escritos en estilo ágil y claro, los capítulos suministran una actualizada visión de conjunto de los principales resultados e interpretaciones producidos en cada campo temático. Y ofrecen una manera novedosa de pensar la historia, enriquecida por los saberes de disciplinas diversas. Una historia de aquello que parece inmutable o sujeto a causas indescifrables, y que esta obra permite entender con rigor y amenidad.

ISBN 978-987-628-162-1



9 789876 281621

HISTORIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Colección Historia de la provincia de Buenos Aires
Director: Juan Manuel Palacio

PLAN DE LA OBRA

Tomo 1: Población, ambiente y territorio

Director: Hernán Otero

Tomo 2: De la Conquista a la crisis de 1820

Director: Raúl Fradkin

**Tomo 3: De la organización provincial
a la federalización de Buenos Aires
(1821-1880)**

Directora: Marcela Ternavasio

**Tomo 4: De la federalización de Buenos Aires
al advenimiento del peronismo (1880-1943)**

Director: Juan Manuel Palacio

Tomo 5: Del primer peronismo a la crisis de 2001

Director: Osvaldo Barreneche

Tomo 6: El Gran Buenos Aires

Director: Gabriel Kessler

POBLACIÓN, AMBIENTE Y TERRITORIO

Director de tomo: Hernán Otero

unipe: editorial
universitaria

 edhasa

Historia de la provincia de Buenos Aires : tomo 1 :
Población, ambiente y territorio / dirigido
por Hernán Otero. - 1a ed. - Buenos Aires :
Edhasa, 2012.
v. 1, 408 p. ; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-162-1

1. Historia de la provincia de Buenos Aires. I.
Otero, Hernán, dir.
CDD 982.12

Diseño y realización de mapas: Mgter. Santiago Linares y Lic. Inés Rosso
Centro de Investigaciones Geográficas, Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina.
Aprobado por el Instituto Geográfico Nacional, Expediente GG12 0363/5,
7 de marzo de 2012.

Primera edición: mayo de 2012

© UNIPE: Editorial Universitaria, 2012
Calle 8, n° 713, (1900) La Plata
Provincia de Buenos Aires, Argentina
www.unipe.edu.ar

© Edhasa, 2012
Córdoba 744 2° C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.com>

ISBN: 978-987-628-162-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Kalifón S.A.

Impreso en Argentina

La provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía	9
<i>Juan Manuel Palacio</i>	

Tomo I

Introducción	41
<i>Hernán Otero</i>	

Primera Parte. Historia ambiental

Capítulo 1: Breve historia geológica y climática	51
<i>Cristian M. Favier Dubois y Marcelo A. Zárate</i>	
Capítulo 2: La pampa como ecosistema, siglos XVI-XIX	79
<i>Juan Carlos Garavaglia</i>	
Capítulo 3: La dinámica ambiental desde fines del siglo XIX.....	113
<i>Carlos Reboratti</i>	

Segunda Parte. El crecimiento demográfico en el largo plazo

Capítulo 4: El tamaño y el crecimiento de la población desde la Conquista hasta 1870.....	143
<i>Gladys Massé</i>	
Capítulo 5: La población entre 1870 y 2000: una dinámica demográfica diferente	173
<i>Alfredo E. Lattes y Gretel E. Andrada</i>	

Tercera Parte. Poblaciones

Capítulo 6: Las poblaciones prehispánicas	211
<i>Gustavo G. Politis</i>	
Capítulo 7: Las poblaciones indígenas, desde la invasión española hasta nuestros días	249
<i>Daniel Villar</i>	
Capítulo 8: La población “negra”, desde la esclavitud hasta los afrodescendientes actuales	279
<i>Marta B. Goldberg</i>	
Capítulo 9: El ciclo de la inmigración	309
<i>Mariela Ceva</i>	
Capítulo 10: La población rural	337
<i>Rodolfo Bertoncello</i>	
Capítulo 11: La conformación histórica del sistema urbano	365
<i>Santiago Linares y Guillermo Velázquez</i>	
Colaboradores	401

La provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía

Juan Manuel Palacio

Hablar del lugar central que tuvo la provincia de Buenos Aires en la historia y en la historiografía argentinas es, de alguna manera, hablar de lo obvio. Su lugar prominente y protagónico en todos los eventos decisivos de nuestra historia nacional, al igual que el que conserva en todos los relatos que se han escrito sobre nuestro pasado, casi no necesita nuevas fundamentaciones.

Sin embargo, tal tarea de síntesis no es del todo ociosa, en particular en una obra como la que se inicia con este trabajo. La historia de la Argentina se escribió en gran medida con la vara de Buenos Aires (ciudad y provincia) e, inversamente, la de la provincia de Buenos Aires fue escrita con la vara de la nación. Y si lo primero marcó a fuego la historiografía nacional, imprimiéndole un sesgo interpretativo muy notable, lo segundo afectó en forma decisiva a la historiografía de la provincia, haciendo difusa su identidad, débil su consistencia y escasos sus temas propios, dándose la paradoja de que a la provincia más importante del país le ha sido difícil escribir su historia de una manera distinta y contundente.

Este simple señalamiento plantea un dilema, que es el que recorre todos los volúmenes de esta obra colectiva. Escribir la historia de la provincia de Buenos Aires, como historia provincial –valga la redundancia–, implica escribir a contracorriente, violentando el sentido común, tratando de separar lo que parece inseparable o lo que siempre fue considerado una sola cosa. Se trata de escribir una historia provincial con los propósitos y objetivos que han inspirado otras historias “subnacionales”, del país o del exterior. Esto es, adoptando una mirada del pasado nacional descentrada, desde la relativa distancia del ámbito provincial, que permita advertir los matices (o grandes diferencias) que los

procesos nacionales adoptaron allí, testear sus alcances, comprobar sus límites o interpretar sus diferentes significados. Y esta simple operación, cuyos frutos han sido probados con éxito para otras experiencias, implica para el caso de la provincia de Buenos Aires un esfuerzo adicional, un desafío particular.

Este ensayo tiene como propósito desplegar la historia de ese dilema a través de dos apartados bien definidos. El primero propone un recorrido por aquellos procesos más destacados que hicieron de la provincia un actor insoslayable de nuestra historia nacional. Se trata de identificar esos momentos y procesos específicamente bonaerenses que la han marcado, desde los tiempos mismos del descubrimiento del Río de la Plata hasta el presente. El segundo apartado se concentrará en la historiografía, esto es, en las historias existentes de la provincia de Buenos Aires hasta hoy, sus condiciones de producción, contenidos y características. Inevitablemente entonces se detendrá con algún detalle en el único gran emprendimiento que se ha hecho hasta ahora de escribir tal historia en el pasado (la *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos* de Ricardo Levene, publicada en los años 1940 y 1941) y en las diferentes formas en que la historiografía más reciente (la que se inicia en la última transición democrática y llega hasta hoy) abordó distintos aspectos del pasado provincial, contribuyendo a través de múltiples indagaciones monográficas a la reconstrucción de su historia.

LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES EN LA HISTORIA ARGENTINA

Buenos Aires fue primero puerta y puerto. Un paso del Atlántico hacia el interior de las Indias que lentamente fue ganando importancia propia desde las primeras exploraciones de los europeos, en la primera mitad del siglo XVI. Antes que eso, desde el inicio de la ocupación humana de la región, lo que hoy constituye el territorio de la provincia había sido la morada ocasional de grupos de indígenas nómadas cazadores-recolectores, en particular en ciertos puntos concretos del territorio como las sierras de Tandil.

La región de Buenos Aires no fue la zona de poblamiento inicial del Río de la Plata, ya que el interés de los conquistadores residía en

las minas de metales preciosos que finalmente hallaron en los Andes. En esos inicios, la parte nuclear de lo que luego fue la Argentina se concentraba por lo tanto en zonas aledañas al centro minero de Potosí, que ya formaba parte, antes de la llegada de los españoles, del camino del Inca: una ruta bien trazada desde el norte de la actual provincia de Córdoba hacia el Cuzco, la capital del Imperio incaico. Santiago del Estero (madre de ciudades), Tucumán, y, al sur, Córdoba fueron entonces los centros urbanos más antiguos y crecieron al calor del dinamismo potosino. Más al este, Asunción (la otra madre de ciudades del Plata) había sido elegida como núcleo del poblamiento y conquista, también en busca del preciado metal, aunque por otro derrotero.

Pero aunque el área de Buenos Aires no estuvo originalmente en el centro del interés de los españoles, y se encontraba en una lejana periferia de los centros neurálgicos coloniales, la idea de fundar una ciudad-puerto en esa zona fue tomando cuerpo a lo largo de los años por tres razones fundamentales: la posición estratégica que el lugar tenía como punto de comunicación entre el mundo atlántico y las rutas de acceso a diferentes puntos de las colonias (hacia Cuyo y Chile por el oeste; hacia el Paraguay por el río Paraná y hacia Córdoba y todo el camino real hasta Potosí por el noroeste); la potencialidad que esa posición privilegiada tenía para el comercio, brindando un acceso mucho más directo a esos destinos que el que requería el largo camino obligado del sistema de flotas y galeones; y su posición estratégica para la defensa de los confines australes del Imperio español, que permitía el control de la navegación del Paraná y la defensa de un territorio hasta entonces desguarnecido.

Sobre estas tres razones entrelazadas se edifica la temprana historia social y económica de Buenos Aires, el crecimiento del puerto y la ciudad y la evolución institucional de la región dentro del sistema político y administrativo de la dominación colonial. En el primer medio siglo (de la fundación de la primera ciudad efímera a la segunda y definitiva) va cobrando fuerza en distintos confines del Imperio la idea de fundar una ciudad en la puerta del Río de la Plata sobre las ruinas de la anterior, que reuniera esas cualidades, cosa que va a concretarse en la confluencia –y el conflicto– de dos expediciones provenientes de lugares geográficos y político-administrativos diferentes. Finalmente, es

la de Juan de Garay, proveniente de Asunción y Santa Fe, la que saldrá triunfante, fundando la ciudad actual en 1580.

La nueva ciudad nacía dentro de la jurisdicción del Virreinato del Perú —que tenía su sede político-administrativa en la lejana Lima— y dependía, más cercanamente, de la Gobernación del Paraguay, que tenía sede en Asunción. En materia judicial, dependía a su vez de la Audiencia de Charcas, ciudad administrativa vecina a Potosí. Pero en las décadas siguientes a esa fundación definitiva, el crecimiento de la ciudad comenzó a opacar el de sus vecinas y Buenos Aires fue ganando preeminencia como centro de gravedad de toda la región, desplazando a Asunción como eje del mundo rioplatense. El resultado fue la decisión de la Corona, en 1617, de convertir a la ciudad en capital de una nueva gobernación, la de Buenos Aires, en un acto que sellará para siempre la vocación capitalina de la ciudad. En el siguiente medio siglo, la cabeza de la nueva gobernación iba a tener también su propio obispado y una efímera Audiencia, a la vez que iba a albergar guarniciones militares cada vez más importantes.

La ciudad había crecido por las mismas razones que habían llevado a su fundación: la posición privilegiada del puerto que hizo del comercio internacional una actividad de potencial ilimitado. Ya fuera dentro del circuito legal que permitían ocasionales permisos especiales de la Corona o, fundamentalmente, fuera de él, en un mucho más importante comercio de contrabando, la actividad comercial prosperó al calor del intercambio de dos productos de gran valor: la plata y los esclavos. Una y otros encontraban en la ruta porteña una vía de circulación mucho más conveniente —y menos onerosa— que la que permitía el sistema monopolístico de comercio a través de Lima. Ese comercio legal e ilegal es el lubricante para el crecimiento de la ciudad, sus habitantes y un cada vez más rico sector mercantil, que se desarrolla al calor de esas oportunidades. También prospera la campaña circundante, no sólo por las oportunidades que otorga la demanda de alimentos de una ciudad que crece a ritmos acelerados, sino también por las que otorga ese mismo puerto para la exportación de productos pecuarios —sobre todo, cueros— tanto de la campaña cercana como de otras regiones más lejanas, como el litoral o la Banda Oriental.

El crecimiento de la ciudad en el siglo y medio siguiente no tiene pausa. La creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776 de manos de los Borbones, como parte de una vasta reforma político-administra-

tiva de sus dominios, marca el punto culminante de la centralidad de la región y su capital en el mundo colonial hispanoamericano. Desde el punto de vista administrativo, Buenos Aires pasó a ser entonces una de las cuatro ciudades más importantes de ese mundo colonial, sede de un virrey, la Audiencia, las más altas autoridades eclesiásticas y una importante guarnición militar. Desde el punto de vista económico, social y demográfico, Buenos Aires a estas alturas ya había superado en importancia a las otras grandes ciudades de la antigua gobernación y había desarrollado, además de su importante clase de comerciantes criollos, una economía rural considerable y variada. Tanta actividad, por otra parte, había provocado un acelerado aumento demográfico, producto del crecimiento vegetativo, pero fundamentalmente de las migraciones, las externas de España –pero también de Brasil, Inglaterra y Francia– y las internas de las regiones interiores que se iban opacando frente al brillo de la prosperidad porteña.

La combinación de estas circunstancias y procesos hace que, en momentos de la revolución de mayo de 1810, Buenos Aires ya fuera la ciudad más grande del futuro país, la más poblada y rica, y su zona de influencia (o *hinterland*) concentrara también la riqueza más importante, con la que sólo podían competir la ganadería litoral y de la Banda Oriental. También era la ciudad del Virreinato en la que, por su posición político-administrativa, más iba a repercutir la crisis de la monarquía hispánica. En efecto, si en todos los rincones de sus dominios el descabezamiento de la Corona por la invasión francesa en 1808 había generado una crisis de legitimidad de las autoridades coloniales en América, esta crisis se hacía más aguda en lugares donde, como en Buenos Aires, se convivía con la presencia física de esas autoridades –virrey, audiencia, oficialidad militar, jerarquía eclesiástica–. A esto se sumaba la presencia en la capital de corporaciones criollas (burócratas de la administración colonial, comerciantes, militares, obispos y sacerdotes), con intereses propios y consolidados a lo largo de los siglos, que constituían una verdadera clase dirigente con vocación política bastante definida. Finalmente, las invasiones inglesas primero y los acontecimientos que se abren inmediatamente con la crisis de la monarquía revelaron la existencia de otro actor hasta entonces silencioso –el “bajo pueblo”– con una gran capacidad de movilización (a través de la milicia, o manifestando en las calles

de Buenos Aires) y de injerencia en el mundo político cuya apertura se insinuaba.

Por todo esto, Buenos Aires, su pueblo y sus clases dirigentes, estaba llamada a cumplir un rol decisivo en el proceso de independencia, que tiene a la ciudad como uno de sus epicentros. Con la experiencia de las invasiones inglesas, que había movilizó política y militarmente a buena parte de la población, la ciudad y la campaña de Buenos Aires proveen buena parte de la dirigencia revolucionaria —se da en la ciudad uno de los primeros cabildos abiertos, que resultan en la renuncia del último virrey— así como de la oficialidad y las tropas de los ejércitos que van a combatir las guerras de independencia en diversos puntos del antiguo virreinato y más allá.

Sin embargo, si bien su diferencial poderío económico y demográfico y su indiscutible rol protagónico en el proceso revolucionario daban a Buenos Aires poderosos argumentos para aspirar a ser el centro de gravedad de cualquier futura organización política, eso no la convertía automáticamente en la capital de un hipotético país, cuya configuración, a esas alturas, nadie podía imaginar. De hecho, estas dos circunstancias combinadas —sus evidentes ventajas relativas y su fundada vocación a convertirse en la capital de la futura organización política como ya lo había sido de las del pasado— van a estar en la base de sangrientas luchas civiles luego del fin de la guerra de independencia, desde la década de 1820 y hasta la derrota definitiva frente a las fuerzas de la nación en 1880.

La provincia y la organización nacional

En efecto, la falta de acuerdo en la configuración y forma de gobierno de un futuro país unificado hizo que a principios de la década de 1820, en vez de un país, las ciudades —esas entidades políticas a las que se habían reducido las antiguas jurisdicciones político-administrativas coloniales— decidieran conformar provincias soberanas con tierras de sus áreas de influencia. La de Buenos Aires, creada en 1820, nacía a la vida política con abrumadoras ventajas (económicas, demográficas, político-estratégicas) sobre sus pares, que podrían resumirse a su carácter de ciudad-puerto con la llave de acceso al comercio mundial y a los po-

derosos recursos fiscales de la aduana. Esto le daba nuevos bríos en su disputa por el liderazgo regional e interprovincial, como quedó a la vista durante el orden federal, centrado en Buenos Aires, que logra sostener el gobernador porteño Juan Manuel de Rosas durante más de dos décadas.

Claves de la preeminencia de Buenos Aires durante el largo período rosista serán, en efecto, el mencionado aprovechamiento de los inagotables recursos de la aduana y la expansión continuada de la explotación económica de la campaña, algo que había posibilitado la política del gobernador bonaerense con el indio, que resultó en una “pacificación” –además de una ampliación considerable– de tierras productivas. La ganadería vacuna para la producción de cueros, sebo y carne salada para la exportación provee así a la economía de Buenos Aires invalorable recursos adicionales en una frontera que parecía no tener fin. Por último, son el poderío y la eficiencia del ejército provincial, en gran medida compuesto por milicias rurales, los que sostienen la “paz” rosista, que hace de Buenos Aires el eje del orden interprovincial hasta mediados del siglo XIX.

Pero el sostenimiento de este orden *de facto*, basado en siempre frágiles *ententes* militares con otras provincias y –al interior de la de Buenos Aires– en la exclusión de la oposición política, estaba destinado a terminar también de forma violenta. Como es sabido, va a ser la oposición a Rosas, portadora además de un proyecto nacional, la que, aliada con poderosos enemigos del gobernador porteño dentro y fuera del país, organice una expedición militar que terminará con su gobierno en 1852.

El fin del período rosista reinstala el problema de la organización política, así como la discusión sobre el liderazgo de Buenos Aires en la nueva nación. En efecto, la derrota de Rosas –que es también la de Buenos Aires– marca el inicio del proceso de construcción de un país unificado, lo que exigía la construcción de consensos en torno de una Constitución, de la forma de un gobierno central y de la definición de una capital del país y sede del gobierno nacional, debates todos en los que Buenos Aires debía participar ahora en igualdad de condiciones que las otras provincias.

Como es sabido, todo este proceso no se vivirá sin recelos en la provincia mayor y por el contrario encontrará poderosas resistencias en su

seno. En apenas diez años, dichas resistencias y disidencias provocaron una larga secesión (1852-1862), la primera reforma constitucional del país (1860) y todavía dos enfrentamientos militares más con las fuerzas nacionales, en los campos de Cepeda y Pavón.

Esta última batalla, un triunfo militar con el que Buenos Aires hace su ingreso definitivo a la nueva nación, fue, paradójicamente, también su derrota. En efecto, por los acuerdos posteriores, la provincia debió ceder a la nación desde entonces buena parte de sus recursos económicos (los de la aduana, principalmente), prestar su ciudad capital para servir de sede del gobierno nacional y, fundamentalmente, sepultar para siempre las veleidades autonomistas que sostenían sus líderes más extremistas, para conformarse al nuevo país.

Todas estas concesiones no socavaron, sin embargo, el lugar centralísimo de la provincia en la economía nacional. Todo lo contrario. Además de la tradicional actividad comercial de su puerto —que no había hecho otra cosa que crecer—, la verdadera riqueza había comenzado a generarse en el ámbito que iba a ser paradigmático de su desarrollo de allí en más: el sector rural.

Como quedó dicho, ya durante el gobierno de Rosas la frontera había logrado extenderse hasta el río Salado, protegida por una bien trazada línea de fortines, dentro de la cual estancieros como el mismo Rosas habían liderado una expansión considerable de la ganadería vacuna para la exportación. Pero a partir de la década de 1840 la campaña bonaerense comienza a especializarse en la producción de lo que iba a ser la principal exportación del país hasta el fin del siglo XIX: la lana. Gracias a una sostenida demanda proveniente de la revolución industrial europea, muchos ganaderos de la provincia —junto a otros inmigrantes europeos, sobre todo de Irlanda— comienzan a especializarse en la cría de ovejas, desplazando al ganado vacuno más hacia el sur, allende la línea de frontera. Lo que siguió fue una verdadera “fiebre del lanar”, que va a transformar la fisonomía de la campaña bonaerense, incorporando inmigrantes y trabajadores, configurando establecimientos productivos modernos, y, más importante aún, consolidando —y convirtiendo en definitivo— el liderazgo de la provincia de Buenos Aires en la economía nacional.

Esta expansión económica estaba en pleno despliegue durante los años de las primeras tres presidencias constitucionales, en que la ciu-

dad de Buenos Aires es, a la vez que la capital de la provincia homónima, sede del gobierno nacional. Esa circunstancia, que generaba todo tipo de roces y hasta agrias disputas entre las burocracias de ambos estados, pero también entre políticos autonomistas y nacionales, ponía una vez más a la provincia de Buenos Aires en un lugar central de la política nacional. El gobierno nacional y sus políticas emanaban de la ciudad de Buenos Aires, se discutían en sede de la principal provincia del país y parecían corresponderse bastante fielmente con los intereses de los bonaerenses, que eran los principales beneficiarios de las políticas nacionales.

En efecto, tres de ellas van a estar en la base de la espectacular expansión de la provincia durante el período siguiente: las concesiones a las compañías de ferrocarril, las campañas militares contra el indio y la política inmigratoria. La red del ferrocarril —que había comenzado a tenderse tempranamente en el país en la década de 1850 y va a crecer en forma explosiva e ininterrumpida en las siguientes— se concentra fundamentalmente en las tierras de la provincia. Las sucesivas campañas militares contra el indio, que culminaron con la ofensiva militar a gran escala de Roca en 1879, permitieron que la provincia incorporara una porción de territorio de dimensiones similares al que tenía hasta entonces, consolidando los límites actuales y duplicando la cantidad de tierras productivas. Por fin, los inmigrantes europeos —que ya habían comenzado a llegar con regularidad desde la cuarta década del siglo XIX pero que arriban masivamente desde la de 1890— elegirán la ciudad y provincia de Buenos Aires como su destino preferido, conformando la mano de obra de estancias y fábricas, así como gran parte de los agricultores de la campaña.

Es en la combinación de esos tres factores que se encuentra la clave de la espectacular expansión económica de la provincia de Buenos Aires en el período conocido como de “crecimiento hacia afuera”.

Corazón de la Argentina agroexportadora

Es, sin embargo, en las vísperas de esa explosión de crecimiento que la provincia de Buenos Aires se involucra en un nuevo conflicto con la nación del que va a resultar la pérdida definitiva de su más preciada jo-

ya –la ciudad-puerto–, cerrando así una disputa con el resto de la región que ya llevaba décadas. En efecto, la última derrota militar frente al ejército de la nación, en 1880, tuvo como su más nefasta consecuencia la decapitación de la provincia, que debió entonces procurarse nueva capital política y administrativa. La ubicó más al sur, junto al puerto de Ensenada, y la bautizó con el nombre de La Plata, en 1882.

La pérdida de la ciudad a manos de la nación hizo que la relación entre la provincia de Buenos Aires y el país –y en particular su flamante capital–, sin dejar de ser estrecha, cambiara para siempre. Por un lado, la política provincial dejó de estar tan compenetrada con la nacional –y viceversa– y la clase política bonaerense, ahora en La Plata, si bien no abandonó nunca su fuerte arraigo porteño, tuvo que aceptar desde entonces –aunque desde un mirador más cercano dada su proximidad geográfica– el rol de espectadora de la política mayor reservado al resto de las dirigencias provinciales. Por otro lado, la ciudad de Buenos Aires –ahora también convertida en importante distrito electoral– será como en el pasado el escenario principal de la política nacional. Es en un mitin organizado en una de sus plazas que surgirá en 1890 el nuevo partido político que iba a cambiar el rostro de la Argentina del Centenario: la Unión Cívica Radical.

Por otro lado, la preeminencia demográfica y económica de la provincia también estuvo desde entonces más disputada, porque la ciudad de Buenos Aires se llevó consigo, junto con la actividad económica del puerto, sus recursos y la actividad comercial y de servicios que giraba en torno de ella, buena parte de la población. También iba a competir –y con bastante éxito– por los migrantes –los del exterior y los internos– y por la inversión extranjera, ambas cosas que por entonces fluían generosamente hacia estas regiones.

A pesar de todo, la primera mitad del siglo XX siguió teniendo a la provincia de Buenos Aires en el lugar central de la economía y la sociedad del país. Como quedó dicho, buena parte del espectacular crecimiento de la Argentina agroexportadora se generó en tierras bonaerenses. Luego del ciclo lanar, su sector rural sufrió otra transformación no menos espectacular que la anterior: incentivada por las circunstancias combinadas de la expansión de la frontera, el crecimiento explosivo de la red de ferrocarril, la inmigración de miles de agricultores y trabajadores rurales y la instalación de frigoríficos, la provincia transformó en

pocos años su estructura productiva asignando muy eficientemente recursos de manera de configurar zonas productivas específicas, desde estancias de cría e invernada de ganado de alta calidad hasta chacras de diverso tamaño para la producción de maíz y trigo, pasando por establecimientos variados para la producción mixta de carnes y cereales. Como resultado, Buenos Aires se convirtió desde los comienzos del período de la gran expansión agropecuaria pampeana en la década de 1890 en el motor del crecimiento agroexportador de la Argentina, concentrando el grueso de la producción de ganado refinado de exportación y conservando un lejano primer lugar en las superficies sembradas de los principales cereales –lugar prominente dentro de la economía nacional que ya no va a abandonar nunca–. También el grueso de la inmigración ultramarina, otro de los pilares de ese crecimiento explosivo, se instaló en tierras de la provincia, pasando a formar un buen porcentaje de la mano de obra de esa economía, pero también de sus agricultores (los “chacareros”), así como una parte nada despreciable del resto de los productores agropecuarios y comerciantes, contribuyendo además a la formación de los pueblos rurales de toda la provincia.

La meseta que se alcanza con el fin de la expansión horizontal de la producción agropecuaria a fines de los años veinte y luego la crisis de 1930, que golpeó duro a los productores rurales argentinos, si bien hace trastabillar la pujanza de este crecimiento no hace descender la preeminencia de la provincia en la economía nacional en términos relativos.

También para esos años, Buenos Aires ya había desarrollado su sector industrial y en particular en la zona que circundaba a la capital de la república, que iba a cobrar una gravitación decisiva en el mediano plazo. En efecto, una parte no despreciable de la industria que se había desarrollado en el período agroexportador lo había hecho en tierras de la provincia de Buenos Aires. Así, los establecimientos textiles y alimenticios, pero también los metalúrgicos, se habían desarrollado en distritos cercanos a la ciudad como Avellaneda, localidades que por lo mismo comenzaban a crecer fuertemente al calor de la actividad fabril. También la industria frigorífica se había localizado primordialmente en tierras de la provincia, los establecimientos más importantes en el Gran La Plata y otros cerca de puertos más lejanos, como Bahía Blanca.

El dinamismo social y demográfico –el vertiginoso crecimiento de la población y la movilidad social ascendente que permitió tanto en

la ciudad como particularmente en la campaña— tuvo repercusión directa en el mundo político. En efecto, la importancia electoral de la provincia de Buenos Aires se había hecho evidente desde muy temprano, cuando la ley Sáenz Peña aseguró el voto secreto y obligatorio y posibilitó la transparencia de las elecciones. Más allá de la conveniencia de siempre, para los gobiernos nacionales, de poder contar con un candidato afín en la gobernación de la provincia mayor, el peso de sus electores se había convertido ya desde entonces en decisivo para cualquier aspirante a la presidencia de la república. Así lo entendió apenas asumió su presidencia Hipólito Yrigoyen, que intervino la provincia para garantizar los apoyos electorales que sustentarían su gestión, como luego los gobiernos conservadores de la década de 1930, que debieron suprimir dicho libre juego electoral para neutralizar ese apoyo. Fraude “patriótico” mediante, ese predominio electoral de la provincia fue la clave para la hegemonía conservadora en el país durante esa larga década. En particular, también fue decisivo el que iba adquiriendo esa zona de la provincia que bordeaba la capital de la nación, que muy pronto se iba a convertir en el distrito electoral clave de todo el país. La influencia política y electoral que ejerció durante esos años el caudillo de Avellaneda Alberto Barceló, líder político del conurbano naciente, es el antecedente más claro de la importancia decisiva que muy pronto iba a tener ese conglomerado urbano de la provincia.

El último medio siglo

En efecto, buena parte del éxodo del campo a la ciudad que comienza a tomar cuerpo con la crisis de 1930 y se consolida con las políticas industrialistas de las décadas siguientes encuentra destino principal en esa franja urbana o periurbana que luego se conocerá como Área Metropolitana de Buenos Aires o sencillamente Gran Buenos Aires. Esa poderosa migración interna provenía no sólo de las áreas rurales de la propia provincia sino también, como siglos antes, de las provincias “interiores” del país, cuya población también acudía solícita a la demanda proveniente de los establecimientos industriales de Buenos Aires y sus alrededores.

De la mano de este verdadero conglomerado de ciudades, que con el tiempo se va uniendo en una única y extendida “mancha urbana”, la provincia de Buenos Aires, medio siglo después de haber perdido su ciudad capital a manos de la nación, parece tomarse con ella la revancha contundente que no había podido representar la fundación de La Plata. La “ciudad” con la que la provincia iba a competir con la capital de la nación –y a la que a poco de andar iba a superar en todas las mediciones– se edificó, sin planificación alguna, en las puertas mismas de Buenos Aires.

Primero fue el desarrollo más lento de algunas localidades, que ya se perfilaban como concentraciones urbanas e industriales en tiempos del desarrollo agroexportador; luego su crecimiento más acelerado en las décadas del treinta y cuarenta –lo que iba a derivar en su bautismo por decreto como “Gran Buenos Aires”, en 1948–; y finalmente su desarrollo explosivo a partir de los años sesenta, que hace que hacia el último tercio del siglo XX el conurbano concentre más de la mitad de la población de una provincia cuyos habitantes ya vivían en ámbitos urbanos en una abrumadora mayoría.

Como es sabido, además de los cambios que trajeron en la economía y la estructura social, estos fenómenos tuvieron su repercusión en la vida política de la nación. El crecimiento de la población urbana y, dentro de ella, el surgimiento de una clase obrera industrial habían hecho de la ciudad de Buenos Aires y los partidos vecinos el escenario privilegiado de la “cuestión social” y del surgimiento del movimiento sindical, desde las primeras décadas del siglo XX. Es sobre ese escenario principal, aceleradamente transformado por la concentración de población recién llegada en los años treinta y por el crecimiento del poder sindical y la movilización obrera que había generado el desarrollo industrial, que se va a desatar el fenómeno de masas del peronismo.

Y es nuevamente la provincia de Buenos Aires –y en particular los distritos cercanos a la ciudad– la que proveerá el sustrato principal de esos cambios que marcarán definitivamente la vida política del país. Porque si bien el escenario mítico de los orígenes del peronismo es la plaza central de la capital de la república, sus protagonistas principales fueron los habitantes de la provincia que se concentraban en los distritos linderos de la ciudad, que habían crecido al calor del crecimiento industrial de las décadas previas y de la migración interna.

El Gran Buenos Aires y el peronismo marcarán el paso de la vida política y electoral de la Argentina desde ese momento fundacional hasta el presente. En ese distrito –cuyo peso electoral supera a regiones enteras del país– se encuentra la llave de las elecciones nacionales de allí en más. Y eso convierte a los líderes políticos de esos partidos (los “barones del conurbano”) no sólo en pilares de la estructura partidaria del peronismo en la provincia mayor, sino en piezas clave del juego político nacional sin más.

Fuera de lo estrictamente electoral y partidario, el peso económico y demográfico del Gran Buenos Aires delinea el *locus* del poder real. Es allí donde se define, además de buena parte de las carreras de los dirigentes políticos del país, las de otros líderes sociales, cuya base de poder reside en el enorme potencial de movilización de esa población. Y así como la dirigencia sindical encontró su base más firme en el conurbano a partir de la segunda posguerra, así también los líderes de los nuevos movimientos sociales que surgen de la crisis del Estado y de la sociedad industrial de los años ochenta –organizaciones piqueteras, movimientos de desocupados– hallarán en esta población la base de su poder social y político.

De esta manera, al despuntar la segunda década del siglo XXI, la centralidad de la provincia de Buenos Aires en el país persiste como nunca. Su territorio es escenario privilegiado de la crisis argentina y sus contrastes. Por un lado, su interior rural, que como en el pasado proporciona el grueso de la soja –el principal producto de exportación de la Argentina de hoy–, puede exhibir sin pudor las riquezas que sigue generando la inagotable potencialidad de sus tierras. Por el otro, el Gran Buenos Aires, quizás con mayor crudeza y fidelidad que cualquier otra región del país, exhibe las consecuencias sociales de la crisis del Estado de los años ochenta y las políticas “neoliberales” de los noventa, con sus rostros más duros de desempleo, informalidad económica y marginalidad social.

LA HISTORIOGRAFÍA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Irónicamente, este lugar central que la provincia de Buenos Aires ha tenido a lo largo de la historia nacional no puede equipararse sin más a

su historiografía, es decir, a las historias que a lo largo de los años se han escrito de ella. Pese a la importancia tan decisiva que la provincia ha tenido en la historia del país, no han sido muchos los intentos de reconstruir su pasado de forma completa, aun en tiempos en que tales emprendimientos eran más usuales que hoy en día.

Las razones de esta paradoja hay que buscarlas en el fenómeno más general del centralismo de nuestra historiografía, que privilegió una lectura del pasado nacional fuertemente anclada en la experiencia de la ciudad (y la provincia) de Buenos Aires. Y si eso ha constituido un obstáculo para la posibilidad de escribir historias provinciales en general, parece haber sido para el caso de la de Buenos Aires particularmente poderoso, por la mencionada identificación de la historia provincial con la nacional como dos relatos inseparables. Dadas su cercanía geográfica y su imbricación profunda con la historia de la nación, la operación a la vez de descentramiento y de recuperación de la propia voz, necesaria en la reconstrucción de cualquier historia provincial, resulta para la de Buenos Aires muy trabajosa –y hasta artificiosa– y quizás por eso mismo se ha intentado poco y con resultados más magros que en otras provincias más alejadas del centro neurálgico de la capital de la república. Así, a la historia de la provincia de Buenos Aires se la ha supuesto, se la ha dado “por sentada”, lo que conspiró contra una investigación sistemática de su pasado.

Esto no significó, sin embargo, que no haya habido en absoluto investigaciones sobre su pasado o incluso emprendimientos más abarcadores. Este apartado se detendrá en dos momentos de nuestra historiografía del siglo XX, muy distintos entre sí. El primero es el de la concepción de un proyecto de historia general de la provincia madurado pacientemente en el ámbito institucional de La Plata en la primera mitad del siglo XX y encarnado en la figura de Ricardo Levene, que constituye una excepción significativa a esa regla general enunciada más arriba. El otro es ese momento de gran creatividad y productividad que representa la historiografía actual, hija del retorno a la democracia en 1983, que por caminos muy diferentes y variados también ha abordado el pasado provincial.

La “Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos”

La figura de Ricardo Levene se asocia estrechamente al nacimiento de nuestra historiografía científica. Desde muy joven participó en todos los ámbitos relevantes del quehacer académico y universitario de la Argentina del Centenario, en particular en aquellos que venían planteando desde fines del siglo anterior una renovación necesaria en nuestra historiografía, basada en el método científico. A poco de andar ya era la cabeza más visible de la Junta de Historia y Numismática –institución más antigua, creada por Bartolomé Mitre, pero conformada oficialmente con ese nombre en 1893– así como del grupo que Juan Agustín García bautizó en 1916 como “Nueva Escuela Histórica”, junto con Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Luis María Torres y Rómulo Carbia, entre otros.

Creador y presidente de la Academia Nacional de la Historia hasta su muerte en 1959 –institución en la que había convertido a la Junta en 1938–, Levene llevó durante años la voz cantante de nuestra historiografía, tanto en ámbitos universitarios y académicos como en las relaciones entre éstos y el Estado nacional y provincial. En efecto, Levene fue durante buena parte de su vida sinónimo de la historia oficial, canónica de la Argentina, así como de los roles que ocupaban los historiadores tanto en el mundo académico como en el más amplio de la vida pública en general. Y lo fue tanto por presidir la Academia como por ser el autor –en el sentido más cabal de esa palabra– de “la” historia de la Argentina de entonces, ese emprendimiento monumental que se concibió por primera vez a principios del siglo XX pero que sólo él concretará en los 14 volúmenes de la *Historia de la Nación Argentina*, publicados entre 1936 y 1950.

Pero fuera de esta obra más conocida, de carácter nacional, Levene dedicó gran parte de su vida, desde su centro de comando en el Archivo Histórico de La Plata, a la realización de un ambicioso proyecto de investigación, cuyo objeto era la reconstrucción del pasado de la provincia de Buenos Aires. El resultado más visible de ese proyecto es la publicación de la *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, en dos volúmenes aparecidos, respectivamente, en 1940 y 1941, que puede considerarse –así como la de la Academia para la na-

cional— la historia fundacional de la provincia de Buenos Aires y el único antecedente de abordar su pasado en forma integral existente hasta hoy.¹

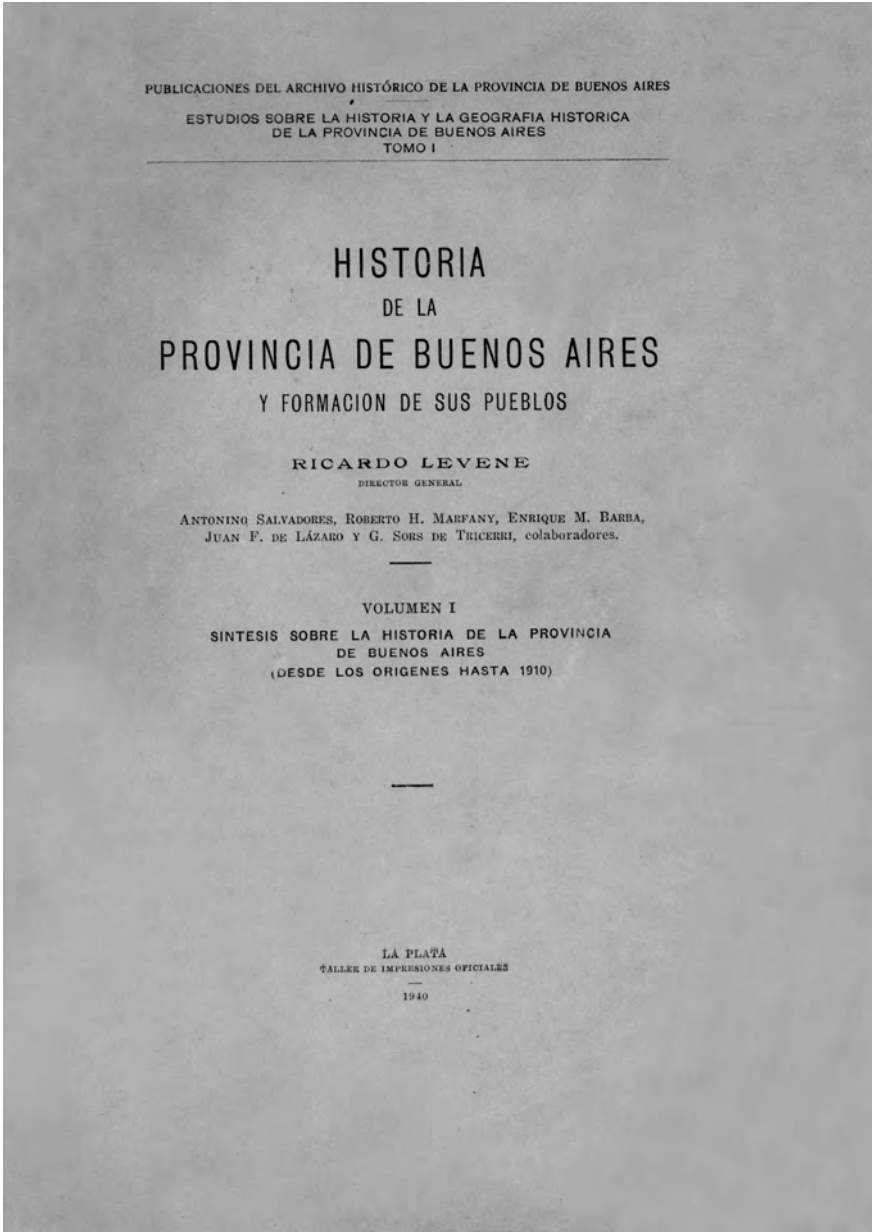
Y sin embargo, más que un punto de llegada, esa publicación se ubica a mitad de camino de un proceso que se había iniciado antes y que, aunque con menos bríos, se prolonga hasta hoy. Dicho proceso, que lleva la marca de Ricardo Levene y su construcción institucional en el ambiente universitario y académico platense, se inicia con la creación del Archivo Histórico de La Plata en 1925 —que Levene impulsa y consigue siendo decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la universidad platense— por iniciativa del gobernador José Luis Cantilo, su compañero en la Junta de Historia y Numismática. Desde la dirección del Archivo, y junto a un grupo de discípulos de la Facultad de Humanidades y del Centro de Estudios Históricos de la universidad, que fueron conformando lo que se conoce como “escuela histórica platense” —el citado Carbia, Carlos Heras, Enrique Barba, Roberto Marfany, Luis Aznar, entre otros—, Levene proyecta un ambicioso programa de investigación perfectamente coherente con los principios de la Nueva Escuela, consistente en la búsqueda y recopilación sistemática de documentos y en el desarrollo de proyectos de investigación basados en esos nuevos repositorios.

El programa se desplegó a través de tres acciones paralelas íntimamente relacionadas. Por un lado, a través de la búsqueda, recolección y edición de repertorios documentales —entre los que destacan los de la Real Audiencia de Buenos Aires y los de la Honorable Junta de Representantes de la provincia— y de recensión de archivos provinciales como el de Luján. Por el otro, lanzando un emprendimiento editorial que iba a ser perdurable: la serie “Contribución a una historia de los pueblos de la provincia de Buenos Aires”, que en sus primeros años iba a reunir algunos trabajos más antiguos de colegas de Levene junto a otros que él mismo encargó a discípulos suyos de La Plata, pero que a poco de andar incorporaría también algunos escritos que eran fruto de la pluma de autodidactas locales, aficionados a la historia, coleccionistas o memoriosos, que Levene supo detectar y convocar a su proyecto.

La serie se inaugura en 1930 con el ensayo de Rómulo Carbia, *Los orígenes de Chascomús*, al que le siguen, en esta primera etapa y has-

ta 1938, otras quince monografías escritas por discípulos de Levene formados en la Facultad de Humanidades de La Plata, como Antonio Salvadores (*Ensayo sobre el pago de Magdalena y La federalización de Buenos Aires y fundación de La Plata; Olavarría y sus colonias*), o Guillermina Sors de Tricerri (*El puerto de Ensenada de Barragán, 1727-1865; Quilmes colonial*), junto a historiadores más experimentados como José Torre Revello (*Los orígenes y fundación de la Villa de San Antonio del Camino*) y otros autodidactas como Alfredo Yribarren (*El origen de la ciudad de Mercedes*), Alfredo Vidal (*Los orígenes de Ranchos*) o Adolfo Carretón (*Historia de San Nicolás de los Arroyos*).

Estas últimas monografías eran el fruto de la tercera línea de acción que desplegó Levene en su proyecto de reconstrucción del pasado provincial. Correspondían, en efecto, a los tres primeros premios del “Primer Concurso de Historia de los Pueblos” que había organizado en 1936, con motivo del décimo aniversario de la fundación del Archivo, para el que había conseguido apoyo y financiamiento de parte del entonces gobernador de la provincia, Raúl Díaz. El concurso era el resultado visible de la paciente y sistemática tarea de relevamiento de “historiadores de pueblo” –ese grupo de difícil definición que agrupaba a historiadores *amateurs*, escritores y cronistas, depositarios de la memoria local y animadores de la vida cultural de los pueblos– que habían venido realizando Levene y sus discípulos durante más de diez años, acercándose a las distintas localidades, haciéndose conocer a través del dictado de cursos o conferencias y alentando a los aficionados locales a acercarse al Archivo de La Plata. Muy en la tónica de la conformación ecléctica del grupo inicial de la Junta de Historia y Numismática, Levene sumaba el conocimiento –y los archivos– de estos historiadores locales a su proyecto, seleccionando los mejores para la serie de la “Contribución”. Los concursos se repitieron en 1947, en 1950 y, aunque más espaciados, también luego de la muerte de Levene en la década de 1960, proveyendo siempre material monográfico para esa tarea de reconstrucción tipo *puzzle* de la historia de la provincia a través de sus pueblos, que se había propuesto originalmente.



Portada de la primera edición de la *Historia de la provincia de Buenos Aires...*, de Ricardo Levene.

Con el material resultante de estas tres acciones combinadas, Levene comenzaba a proyectar su obra de compilación sobre la historia de la provincia, para lo cual –en forma similar a lo que paralelamente hacía con la historia de la nación– solicitaba apoyo institucional y financiero, en este caso al gobernador de la provincia, Manuel Fresco. De él obtiene un apoyo entusiasta para la iniciativa y, por decreto provincial de 1937, una asignación de 12.000 pesos del presupuesto provincial –mayormente para remuneración de los colaboradores– junto al compromiso de publicación por parte de los talleres de impresiones oficiales de la provincia y de promoción y difusión por la Dirección General de Escuelas. El grupo de autores que Levene había convocado para la tarea incluía a Antonio Salvadores, Roberto Marfany, Enrique Barba, Juan F. de Lázaro y Guillermina Sors de Tricerri, todos ellos discípulos y colaboradores de Levene en sus distintos ámbitos de influencia del archivo provincial, la Facultad de Humanidades y el Centro de Estudios Históricos platenses.

Tres años después, en 1940, aparecía el primer volumen de la obra, que subtítulo “Síntesis sobre la historia de la provincia de Buenos Aires (desde los orígenes hasta 1910)”, en la que Levene combinaba trabajos previos –v. g. sobre la economía colonial– con otros escritos *ad hoc* por él y sus colaboradores en la tarea. Sus 550 páginas comienzan con una “introducción geográfica” a cargo de Enrique Barba y se concentran luego fuertemente –en línea con los intereses historiográficos de la Nueva Escuela– en la época colonial (los siguientes once capítulos) y en la primera década independiente hasta el advenimiento de Rosas (cinco capítulos), siendo los restantes sobre “la tiranía” (cuatro capítulos), la provincia después de Caseros y la federalización de Buenos Aires, para terminar con un inventario de “los gobernadores de la provincia hasta 1910”.

Desde el punto de vista metodológico, la obra tenía la impronta de la Nueva Escuela, con su obsesión por una reconstrucción fidedigna y objetiva de los hechos del pasado aferrada a una rigurosa crítica documental debidamente despojada de la contaminación de ideologías, interpretaciones y sesgos. Predominan entonces los relatos descriptivos y minuciosos de los acontecimientos, las acciones de gobierno de virreyes y gobernadores, con gran profusión de reproducciones de documentos, mapas, fotos e ilustraciones que se exhiben como garantía de seriedad y rigurosidad científica.

Al año siguiente apareció el segundo volumen, de 700 páginas, enteramente dedicado a reseñas descriptivas de cada uno de los 110 partidos de la provincia (organizadas todas simétricamente en “aspectos” políticos, económicos y “religioso-culturales”), en el que se incluyen mapas, planos, fotos y reproducciones de documentos (de fundación de pueblos, concesiones de tierras, etc.) que eran fruto de la sistemática tarea de recopilación de fuentes del mismo Archivo de La Plata.

Pero el proyecto de Levene de reconstrucción del pasado provincial no se detuvo con la publicación de la obra de 1940. Por un lado, la serie “Contribución a una historia de los pueblos...” siguió publicando monografías sobre partidos y diversas localidades –aparece una docena de libros más en esa serie, entre 1942 y la muerte de Levene–, mientras que los “concursos” también prosiguen, con nuevas ediciones en 1947 y 1950. Esta última se había realizado en el marco de una nueva iniciativa de Levene, que sería complementaria de las anteriores y estaría destinada a perdurar. Se trata de los congresos de historia de los pueblos, que se inauguran con el rimbombante de 1950, organizado con apoyo de las autoridades nacionales y provinciales en ocasión de las celebraciones mayores del año del Libertador San Martín.

El congreso –que se llevó a cabo en la ciudad de La Plata entre el 25 y el 28 de septiembre de 1950 y fue un verdadero suceso, con la participación de autoridades provinciales y nacionales y delegaciones de 112 pueblos de la provincia– volcó sus resultados en tres gruesos volúmenes, publicados por la imprenta oficial de la provincia entre 1951 y 1952, en los que se reproducían las actas y ponencias, las disertaciones o comunicaciones científicas y las principales monografías históricas presentadas, junto a un inventario exhaustivo de fichas documentales y bibliográficas de diferentes partidos, así como una galería de retratos de sus fundadores.

En dichos congresos se perpetúa el proyecto original de Levene hasta el día de hoy. La segunda edición –luego de un *impasse* marcado por su muerte en 1959– fue en 1972 en la ciudad de Tandil y desde entonces siguieron celebrándose, al igual que antes, desde la dirección del Archivo y con la participación de archivos y otras instituciones de las distintas localidades de la provincia en los que tenían lugar. El espíritu de estos congresos sigue siendo el que le imprimió Levene al primero –reuniones que congregan tanto a historiadores universitarios, sobre to-

do del ámbito platense, como a los historiadores de los pueblos y aficionados locales—, aunque con el tiempo fueron exhibiendo una presencia cada vez mayor de investigadores, becarios y tesisistas pertenecientes a la renovación historiográfica de la vuelta a la democracia.

La historiografía del retorno a la democracia

La impronta que la Academia y su expresión bonaerense en la “escuela histórica de La Plata” dejaron en la historia de la provincia de Buenos Aires tampoco murió con Levene y siguió dominando en gran medida los estudios históricos durante las siguientes dos décadas. En efecto, si bien el ámbito universitario platense no fue del todo ajeno a los aires renovadores de la historiografía de la década de 1960, el paso por allí de algunos de sus representantes más conspicuos —como José Luis Romero, Nicolás Sánchez Albornoz, Gino Germani o Tulio Halperín Donghi— no cambió el curso de la historia provincial, en parte porque fue bastante efímero y en parte porque dichos autores prefirieron concentrarse en temáticas más amplias de la historia social.

Podría decirse entonces que hasta principios de los años ochenta la historia de la provincia de Buenos Aires o bien permaneció adonde la había dejado la escuela de La Plata —aunque con cierta renovación de su elenco, que incluía a José Panettieri, Horacio Cuccoresse, Benito Díaz, entre otros— o bien siguió escribiéndose bajo su influjo temático y metodológico.

Como toda regla, ésta también tuvo sus excepciones. Una de ellas la constituye un trabajo de Tulio Halperín Donghi, de 1963, que marcaba muy tempranamente una forma diferente de abordar el pasado provincial. “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, un largo artículo aparecido en la revista *Desarrollo Económico*, analizaba el proceso de apropiación y de puesta en producción de las tierras de la frontera bonaerense antes de la Campaña del Desierto, impulsado por el comercio libre y la crisis de la ganadería entrerriana y de la Banda Oriental provocada por la guerra.

Como con el caso de otros trabajos de Halperín, éste iba a marcar la agenda de investigación de la historia económica y social de la provincia en las próximas décadas. Tan importante como eso, este trabajo

pionero marcaba la nueva impronta que iba a tener la historiografía de las décadas siguientes, abandonando el propósito de construir los grandes relatos de las historias generales (de las provincias o de la nación) y abocándose en cambio a desarrollar líneas de investigación más específicas.

En efecto, una de las características más notorias de la historiografía que pasó a conocerse como “del retorno a la democracia” fue el haber sometido a dura crítica a las grandes narrativas de nuestra historia nacional y, con ellas, a sus categorías, su aparato conceptual y sus cronologías consagradas. Esta operación de “deconstrucción”, en gran medida saludable y necesaria, tuvo como consecuencia más visible una gran fragmentación de los objetos de estudio que, renunciando a las perspectivas más generales o abarcativas, se expresaba más bien en una infinidad de trabajos monográficos y de caso. La historia “de la provincia de Buenos Aires” como tal iba entonces a archivarse como proyecto, desajustada como quedaba con el nuevo consenso teórico y metodológico de la historiografía.

Eso no significó, sin embargo, que el aluvión de trabajos monográficos de estas últimas décadas no fuera iluminando diversos aspectos del pasado provincial que la insaciable curiosidad e imaginación de un grupo cada vez más grande de investigadores iba alcanzando. En efecto, la reproducción exponencial de investigadores, becarios y tesis que había hecho posible la reapertura y el crecimiento de los espacios institucionales a partir de 1983 fue dando origen a una miríada de proyectos de investigación que, sin hacer de “la provincia de Buenos Aires” como tal su objeto, con sólo tenerla como principal escenario de los fenómenos que estudiaba fue contribuyendo a un conocimiento cada vez más completo de su historia.

Por su propia fecundidad y dispersión es casi imposible hacer un inventario de esos trabajos, por lo que sólo se mencionarán algunos que se destacaron, ya sea por haber marcado nuevos rumbos o llenado vacíos demasiado notorios, o por haber conformado programas de investigación más amplios y sistemáticos.

Una de esas agendas que contribuyeron grandemente al conocimiento de la historia de la provincia se configuró precisamente bajo el paradigma interpretativo del citado artículo de Halperín, aunque contradiciendo parcialmente su visión de la economía rural bonaerense. Se

trató de la historiografía del mundo rural rioplatense tardocolonial, que desde mediados de los años ochenta viene realizando una sistemática tarea de revisión de la historia económica y social de la campaña. Este verdadero programa de investigación, impulsado originalmente por Juan Carlos Garavaglia y acompañado, entre otros, por Jorge Gelman y Raúl Fradkin, fue generando un abanico de investigaciones que acometieron una profunda revisión de la historia rural bonaerense y rioplatense, sobre todo en el siglo que va desde 1750 hasta 1850, que transformó la imagen que se tenía hasta entonces de la campaña bonaerense. Este nuevo paradigma interpretativo –en el que ya no imperan las grandes estancias ni los gauchos y da lugar a un paisaje social y económico mucho más variado– no se impuso sin debates, destacándose entre ellos el que generó sobre la producción rural y sobre los sujetos sociales en el período (v. g. sobre la importancia de la estancia ganadera y del gaucho –el sujeto social paradigmático de las pampas en los relatos tradicionales–).²

Esta línea, que comenzó más claramente en el campo de la historia económica y social, fue virando más recientemente a la historia política, haciendo eje en temas como la creación de un nuevo orden estatal en las primeras décadas revolucionarias –en diversas manifestaciones como la conformación de las milicias rurales o la justicia de paz–, la revuelta rural y las articulaciones político-sociales del rosismo en la campaña, extendiéndose cada vez más hacia la mitad del siglo XIX y entrando en diálogo así con otras agendas de investigación paralelas sobre esos temas.³ En su conjunto, este programa de investigación que ya lleva más de veinte años ha contribuido grandemente a nuestro conocimiento de la historia más remota de lo que luego serían el Gran Buenos Aires y la campaña circundante inmediata, de la que hasta hace poco tiempo teníamos una imagen más difusa.

Muy relacionada con esa agenda de investigación, aunque no siempre encarnada en los mismos investigadores, fue la que abordó en ese mismo ámbito y en ese mismo período los aspectos poblacionales del mundo tardocolonial y poscolonial rioplatense, desde los más específicamente demográficos hasta otros como la familia, migraciones y sociabilidades de ese mundo rural campesino. Aquí también confluyen trabajos más antiguos y pioneros como los de Carlos Mayo –sobre sociabilidades, familia y reproducción– y los de José Luis Moreno, con

otros más recientes o de investigadores más jóvenes que, basados en censos y padrones, reconstruyeron la sociedad de distintos distritos de la campaña bonaerense (Quilmes, San Isidro, Lobos, Areco, entre otros).

Sin salir del tema ni del período —aunque arrancando de más temprano y extendiéndose más allá en el tiempo—, se desarrolló otra agenda de investigación, algo menos prolífica que la anterior y en este caso de carácter interdisciplinario. Se trata de la que estudió el fenómeno de la frontera, en la que confluyeron trabajos antropológicos específicos sobre el mundo indígena, con investigaciones etno-históricas sobre la relación de ese mundo con las poblaciones “blancas”, junto con otros más específicamente históricos sobre temas variados como milicias, guerra, sociabilidad y organización económica de la frontera.⁴ También, en este grupo de estudios rurales, merecen destacarse los que surgieron sobre todo en el ámbito de La Plata en torno del mercado de tierras de la provincia hacia la mitad del siglo XIX, que en su momento aportaron novedades largamente esperadas sobre un tema del que no se tenían nuevas investigaciones desde la época de Miguel A. Cárcano.⁵

Fuera del ámbito rural, los procesos históricos que tuvieron como escenario a la ciudad de Buenos Aires también fueron objeto de investigación monográfica y merecen mencionarse aquí en tanto la ciudad fue parte de la provincia hasta 1880. La lista es tan larga y variada que desafía cualquier intento de síntesis, pero un tema que se impuso en los últimos años por su calidad y cantidad fue el de la historia política de antes y después de la revolución de independencia, tema que creció al calor de los festejos recientes de los Bicentenarios. Si bien tributarias en alguna medida de paradigmas más antiguos como los de Halperín Donghi sobre el rol de la guerra en la movilización y politización de la sociedad a fines del período colonial y en la formación de dirigencias, o los de José Carlos Chiaramonte sobre la circulación de las ideas en el mundo atlántico en el siglo XVIII, estas investigaciones eran portadoras de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas (sobre la política como actividad más amplia que la electoral, que se manifestó de formas variadas en la esfera pública, sobre la circulación de las ideas, sobre la cultura) y contribuyeron grandemente a comprender la historia política de la provincia —ciudad y campaña— en su período formativo.⁶

Hasta allí, algunos trabajos que abordaron la historia más antigua de la provincia y hasta la mitad o el segundo tercio del siglo XIX. En cuan-

to al período que se conoce como de “la Argentina moderna”, también hubo aportes sustantivos a nuestro conocimiento de la historia provincial, destacándose otra vez aquí los de la historia rural. En efecto, fue el trabajo de Hilda Sabato sobre la “fiebre del lanar”, publicado en forma de libro en 1989 pero concebido como tesis doctoral diez años antes, el que iluminó tempranamente la historia rural bonaerense de la segunda mitad del siglo XIX, de la mano de inquietudes y perspectivas en boga en la historia económica de entonces (la pregunta por los mercados de tierras y capitales, los estudios de empresa), trayendo esas novedades a una historiografía que en el pasado reciente había estado forzosamente alejada de ellas.

De alguna manera u otra, los trabajos que en años posteriores abordaron la historia rural del período del gran desarrollo agropecuario pampeano son tributarios de ese y otros trabajos de Hilda Sabato. Algunos de ellos, con su concentración en localidades más acotadas o partidos específicos de la provincia de Buenos Aires (Tres Arroyos, Tandil, Coronel Dorrego, Benito Juárez, entre otros), si bien menos preocupados por la historia provincial en sí que por aportar a un debate más amplio sobre la región pampeana, contribuyeron grandemente al conocimiento de su pasado.⁷ Lo mismo puede decirse de los trabajos sobre el fenómeno de la inmigración masiva durante este período. Si bien su interés excedía el ámbito de la provincia, al ser ésta el destino más importante y la que albergó a la mayor cantidad de inmigrantes, sus investigaciones tomaron con frecuencia “casos” del ámbito provincial para iluminar temas propios de esa agenda de investigación, como el de la formación de comunidades nacionales, sus costumbres, patrones demográficos y de sociabilidad, comportamiento político y económico, entre otros.⁸

En la historia política “moderna” de la provincia, quitando el libro en solitario de Richard Walter —una tesis doctoral muy utilizada sobre la política en la provincia entre 1912 y 1943, publicada en Buenos Aires en 1987— y algunos trabajos todavía aislados sobre el gobierno de Ugarte en las primeras décadas del siglo XX o de Fresco en los años treinta, el resto ha analizado el mundo de la política a escala nacional —v. g. sobre los conservadores o el partido radical— y la concentración en el ámbito de la provincia ha sido, con algunas excepciones, escasa y esporádica.⁹ También hay que destacar las investigaciones recientes sobre el primer peronismo, algunas de las cuales se basan en la provincia

de Buenos Aires. Fruto del descentramiento de la historia de los primeros gobiernos peronistas que plantea la nueva historiografía sobre el tema, dichos trabajos indagan sobre las articulaciones locales del movimiento peronista (en Mar del Plata, La Plata, Bahía Blanca, Avellaneda, entre otras localidades), el alcance de sus políticas nacionales en el ámbito provincial, las particularidades del partido y su relación con la sociedad civil (en los sindicatos, las unidades básicas) en los diferentes pueblos, contribuyendo a una comprensión más profunda y afinada del peronismo y de la vida política en la provincia en el siglo XX.¹⁰

Hasta aquí, entonces, un inventario, a trazos gruesos, de algunas de las “entradas” a la historia de la provincia de Buenos Aires que ha ensayado la historiografía más reciente. No se ha tratado, como se ve, de ningún nuevo intento de escribir una historia de la provincia como totalidad, como se ha realizado para algunas provincias argentinas en la última década, en consonancia con la revalorización de las “miradas” provinciales que se ensayan en otras latitudes y permiten revisar y enriquecer historias nacionales demasiado centradas en las capitales.

Aun así, muchos de estos aportes han resultado muy esclarecedores respecto de las formas singulares en que ciertos fenómenos y procesos que conocíamos de la historia nacional encarnaron en la provincia de Buenos Aires o en alguna de sus localidades. Es en la intersección de la riqueza que proponen —y la potencialidad que suponen— esas múltiples miradas de las últimas décadas, con los propósitos abarcadores que inspiraron a Levene hace más de setenta años, que se encuentra el desafío de esta colección sobre la historia de la provincia de Buenos Aires.

NOTAS

¹ Un antecedente hoy poco referido puede ser el libro de Adolfo Saldías, escrito por encargo del gobierno de la provincia de Buenos Aires en ocasión del centenario de la revolución de mayo.

² Véase, por ejemplo, Samuel Amaral; Juan Carlos Garavaglia; Jorge Gelman y Carlos Mayo, “Polémica: Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial”, en *Anuario IEHS*, n.º 2, Tandil, 1987.

³ Por ejemplo, los trabajos de Pilar González Bernaldo. Véase, entre otros, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires, FCE, 2001.

- ⁴ Véase Raúl Mandrini, “Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas”, en *Anuario IEHS*, n.º 7, Tandil, 1992; Silvia Ratto, *La frontera bonaerense (1810-1828): espacio de conflicto, negociación y convivencia*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2003.
- ⁵ En particular los trabajos de Noemí Girbal, Marta Valencia, María E. Infesta, entre otros. Véase María E. Infesta y Marta Valencia, “Tierras, premios y donaciones. Buenos Aires, 1830-1860”, en *Anuario IEHS*, n.º 2, Tandil, 1987; Noemí Girbal-Blacha, *Los centros agrícolas en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, F.E.C. y C., 1980.
- ⁶ Hilda Sabato, “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia política renovada”, en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política en América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007.
- ⁷ Eduardo Míguez, “¿Veinte años no es nada? Balance y perspectivas de la producción reciente sobre la gran expansión agraria, 1850-1914”, en Jorge Gelman (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 209-229.
- ⁸ Fernando Devoto, Fernando y Hernán Otero, “Veinte años después. Una lectura sobre el Crisol de Razas, el Pluralismo Cultural y la Historia Nacional en la historiografía argentina”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n.º 50, 2003.
- ⁹ Una de esas excepciones es el trabajo de María Dolores Béjar, *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- ¹⁰ Sólo como ejemplo, Claudio Panella (comp.), *El gobierno de Domingo Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2005-2007, 3 vols.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, 2 tomos, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995.
- Cattaruzza, Alejandro y Eunajian, Alejandro: *Políticas de la Historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires/Madrid, Alianza, 2003.
- Devoto, Fernando: *La historiografía argentina en el siglo XX*, 2 tomos, Buenos Aires, CEAL, 1994.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora: *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.
- Duarte, María Amalia: “Buenos Aires”, en AA.VV., *op. cit.*

- Fradkin, Raúl y Garavaglia, Juan Carlos (eds.): *En busca de un tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia, 1750-1865*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Garavaglia, Juan Carlos y Gelman, Jorge: "Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of Historiographical Renaissance", en *Latin American Research Review*, vol. 30, n.º 3, 1995.
- Halperín Donghi, Tulio: "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en *Desarrollo Económico*, vol. 3, n.º 1-2, Buenos Aires, 1963.
- Levene, Ricardo (dir.): *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, 2 tomos, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 1940-1941.
- Mayo, Carlos: *Estancia y sociedad en la Pampa 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Moreno, José Luis: "Población y sociedad en el Buenos Aires rural a mediados del siglo XVIII", en *Desarrollo Económico*, vol. 29, n.º 114, Buenos Aires, 1989.
- Palacio, Juan Manuel: "Historias de fin de siglo: notas sobre la historiografía argentina de las últimas décadas", en *Revista de Historia*, n.º 48, San José, julio-diciembre de 2003.
- Sabato, Hilda: *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.
- Saldías, Adolfo: *Un siglo de instituciones. Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1910.
- Walter, Richard: *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987.

TOMO I

Introducción

Hernán Otero

Este primer volumen de la *Historia de la provincia de Buenos Aires* se propone suministrar una visión integral y de largo plazo de la población, el ambiente y el territorio bonaerenses. La pluralidad de aspectos involucrados en esas tres problemáticas, cada una de ellas de notable amplitud y riqueza, obliga a priorizar un conjunto de temas esenciales en base a criterios de selección de los que se dará cuenta en estas páginas.

Como en toda obra histórica, la definición de la estructura del tomo supuso afrontar cuestiones de espacio y tiempo. De espacio, en primer término, porque el ámbito al que se aboca la colección —el territorio de la provincia de Buenos Aires— no existió durante buena parte del vasto período aquí analizado, de modo palmariamente evidente antes de la Conquista pero tampoco en las casi tres centurias del período colonial, aunque durante ellas se fueron gestando lentamente las raíces que dieron carnadura y existencia real a la futura provincia en la década de 1820. La construcción de una historia de largo plazo sobre una unidad espacial, social y política inexistente durante buena parte del período constituye un problema clásico y, como tal, se halla presente en todas las historias de los Estados-nación o de unidades mayores. Se trate de Francia, la Argentina o Europa, el historiador debe afrontar la difícil tarea de narrar los acontecimientos de una región cuya existencia real se encuentra inscrita en el futuro, pero que en el período objeto del análisis es —en el mejor de los casos— sólo una posibilidad entre muchas otras. Pero si el Estado-nación tiene una existencia simbólica, reforzada por límites físicos naturalizados con los años (operación bastante más difícil en el caso bonaerense con su borgeano borde occidental, trazado —como tantos otros— con una regla en un escritorio) y por la influyente retórica de pertenencia de la historia patria, no ocurre lo mismo con unidades subnacionales, y menos aún con aquellas, como la bonaerense, cuya identidad propia es menos densa y definida, aunque ello se

deba en buena medida –como lo plantea Juan Manuel Palacio– a su centralidad y omnipresencia en la historia nacional.

Pero no sólo se trata de narrar la historia de una provincia que existirá como tal tiempo “después” sino también de describir y explicar un conjunto de procesos que sólo devienen inteligibles en espacios que no coinciden con el actual territorio provincial. Para superar estos y otros inconvenientes análogos, los autores han debido privilegiar, en cada caso, unidades espaciales diferentes y cambiantes, en función de las conexiones teóricas e históricas que se consideran relevantes en el estado actual de los conocimientos. Por ello, aunque todos los capítulos se centran en el actual territorio bonaerense, las regiones abordadas son mayores –como en el caso de la conformación geológica o en la historia de los pueblos indígenas, esta última sólo comprensible en el marco de una más vasta área panaraucana– o menores, como en aquellos períodos en que la expansión de la frontera interior no había concluido.

Un último aspecto espacial relevante, íntimamente ligado al anterior, remite a la ruptura que significó la transformación de la ciudad de Buenos Aires en capital de la república en 1880 y su consecuente exclusión del territorio provincial. Este decisivo hito de la historia nacional introduce algunas distorsiones y artificialidades, particularmente evidentes en aspectos de primera envergadura como la conformación del sistema urbano bonaerense, con su dinámica área metropolitana, o las migraciones llegadas a la provincia, de imposible comprensión sin la inclusión de la ciudad de Buenos Aires. Por esa razón, cuando el período y el tema así lo aconsejan, los capítulos abordan la comparación de lo acontecido en la provincia y la capital del país, preocupación que se vincula asimismo con el esfuerzo sistemático por describir las heterogeneidades internas de la propia provincia.

En segundo término, se encuentran los problemas de la categoría tiempo. A diferencia de los siguientes tomos, que reconocen límites cronológicos precisos (o, para ser justos, todo lo precisos que pueden serlo las periodizaciones históricas), el presente volumen combina temporalidades de muy diversa escala. Éstas van desde las cronologías en millones de años de los tiempos geológicos, inconmensurables para nuestra aprehensión emocional, hasta procesos de más corta duración, datables en centurias o en décadas. Pero incluso en el caso de estos tiempos cortos, perceptibles a lo largo de la vida de una generación, las

temporalidades de este volumen se hallan muy lejos de esa sobrecogedora vitalidad del acontecimiento, propia pero no exclusiva de la historia política. Ello es así porque los cambios en el territorio o en el ambiente transcurren más lentamente, lo que no excluye por cierto hechos puntuales como determinados desastres naturales que adquieren por ello el estatus de acontecimientos precisos; algo similar ocurre con la población, cuyas variaciones son lentas y graduales.

De modo evidente, la heterogeneidad de las escalas temporales del territorio, del ambiente y de la población hace difícil —o, mejor aún, ilusoria— una estructuración cronológica del volumen. Ello ha llevado a privilegiar una estructura temática, en la que los capítulos se agrupan siguiendo criterios de pertinencia y afinidad pero también en función de las temporalidades en que se inscriben. Por esa razón, cada una de las partes que componen la obra (y, en el caso de la tercera parte, cada uno de los capítulos) supone una vuelta a la hora cero de la historia y constituye una secuencia que, como tal, propone un recorrido esencialmente cronológico dentro de un determinado tema. El costo de esta estrategia de presentación es que aspectos temáticos diferentes, pero simultáneos en el tiempo, aparecen en secciones disímiles.

Las diferencias en las escalas temporales suponen además variaciones cruciales en los registros heurísticos, esto es, el lugar de donde provienen los datos y el tipo de técnicas que exige su reconstrucción. En apretadísima síntesis, el volumen incluye tres registros básicos: el geológico y ambiental, que extrae sus datos de la lectura del territorio y del espacio; el arqueológico y el paleontológico, que recurren a los restos dejados por el hombre y los animales; y el histórico, que aprovecha las enormes posibilidades abiertas por la aparición del documento escrito. Fiel a la vocación histórica de la obra, se ha evitado el tentador ordenamiento disciplinar que fuera tan característico de las historias del siglo XIX. Ello explica, por ejemplo, que los pueblos indígenas sean tratados de modo secuencial (capítulos 6 y 7), a pesar de los notables cambios interpretativos y disciplinares que posibilita la aparición de la escritura con la llegada de los conquistadores, lectura que permite apreciar las continuidades y, en este caso, sobre todo las rupturas entre ambos períodos. El lector interesado en la simultaneidad de los procesos por ejemplo, entre los pueblos prehistóricos y su entorno ambiental podrá realizar un camino alternativo como lo sería, en este caso, la lectura secuencial de los capítulos 1 y 6.

En función de los considerandos evocados, el tomo fue estructurado en tres partes, cuya secuencia, como ha sido dicho, constituye sólo una de las rutas de lectura posibles.

La Primera Parte se aboca a la historia ambiental y, precisamente por ello, es la que presenta mayor disparidad en sus escalas temporales, como lo muestra el capítulo 1, a cargo de Cristian Favier Dubois y Marcelo Zárate, que propone un fascinante recorrido de la historia geológica y climática del territorio bonaerense desde la noche de los tiempos hasta el presente. Los dos capítulos siguientes constituyen desarrollos de las transformaciones ambientales ocurridas en el ecosistema pampeano desde el siglo XVI hasta la actualidad. Los cambios introducidos por la Conquista y por las transformaciones ocurridas en el sistema productivo –desde el primitivo ciclo ganadero hasta la agricultura actual– permiten definir dos períodos claramente diferenciados, con corte a fines del siglo XIX, a los que se abocan los análisis de Juan Carlos Garavaglia (capítulo 2) y Carlos Reboratti (capítulo 3), respectivamente. Esta Primera Parte aborda los cambios ambientales producidos por factores naturales y, de manera progresivamente creciente, también por el hombre, pero no se concentra en la población en sentido estricto.

La Segunda Parte, en cambio, entra de lleno en la dinámica demográfica de largo plazo del territorio bonaerense. Los capítulos que la integran pasan revista a los elementos constitutivos del crecimiento demográfico, es decir, sus componentes vegetativo (diferencia entre la natalidad y la mortalidad) y migratorio (diferencia entre la inmigración y la emigración), cuyas combinaciones explican tanto el tamaño de la población y las variaciones del ritmo de crecimiento, como sus decisivos efectos en las estructuras por edad y sexo.

Los casi cinco siglos que van desde la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires en 1580 hasta el censo de 2001 permiten discernir dos períodos bien definidos que encuentran su momento de inflexión en la década de 1870. El primer período, analizado por Gladys Massé (capítulo 4), corresponde al llamado “antiguo régimen”, es decir, la situación previa al descenso claro y sistemático de la mortalidad y de la natalidad, proceso conocido como transición demográfica. El período posterior, reconstruido por Alfredo Lattes y Gretel Andrada (capítulo 5), incluye las notables transformaciones inducidas por la transición y por la llegada masiva de inmigrantes europeos e internos. La distin-

ción entre ambos períodos se enanca asimismo en los decisivos cambios ocurridos en el relevamiento de la población, gracias al progresivo mejoramiento de las estadísticas vitales y, sobre todo, a la realización del primer censo nacional de población en 1869, que constituye un parateguas entre los llamados períodos preestadístico y estadístico y en el tipo de técnicas y estrategias metodológicas que pueden aplicarse.

Como suele afirmarse con justa razón, la población en sentido estadístico no es más que un concepto global y ficticio que remite a la sumatoria de un conjunto de individuos. Desde una perspectiva sociodemográfica, en cambio, su análisis requiere ir más allá de la abstracta generalidad de la población presente en un determinado momento en un determinado territorio y aprehender grupos humanos con características distintivas, poseedores, de tal suerte, de mayor homogeneidad interna. Esta tarea requiere definir poblaciones en base a criterios como la clase social, el espacio, el origen étnico o la nacionalidad, por citar algunos de los más evidentes. A ello se aboca precisamente la sección siguiente, que aborda la definición de subpoblaciones desde dos perspectivas de análisis.

Así, en la Tercera Parte, se diferencian poblaciones en base a criterios étnicos que toman como línea de demarcación principal los lugares de procedencia. La indagación comienza con las poblaciones prehispanicas que habitaron el territorio “bonaerense”, desde su llegada a la región hace unos 14.000 años hasta la invasión española, y cuyas características y modos de vida son reconstruidos por Gustavo Politis (capítulo 6) en base a la síntesis e interpretación de los múltiples hallazgos arqueológicos disponibles. Por su parte, Daniel Villar (capítulo 7) indaga las decisivas transformaciones ocurridas en los pueblos indígenas desde la invasión española hasta la Conquista del Desierto pero extendiendo también el relato hasta su situación actual. La llegada de población negra, fruto del comercio esclavista, es analizada por Marta Goldberg (capítulo 8), quien reconstruye los principales rasgos sociodemográficos de ese grupo. Si bien el énfasis recae, de modo natural, en el período que va desde la trata de esclavos hasta la invisibilización estadística de ese colectivo, iniciada por el primer censo nacional de 1869, el capítulo suministra asimismo una imagen de las poblaciones de origen africano llegadas desde fines del siglo XIX y de la situación actual de los afrodescendientes. Por último, Mariela Ceva (capítulo 9)

describe el ciclo migratorio europeo del período independiente que, iniciado de modo tímido en la década de 1830, alcanzará su cenit durante la inmigración de masas posterior.

La tensión entre las diferentes posibilidades de cuantificación adquiere aquí su mayor relevancia, producto directo de las fuentes disponibles. Este aspecto nos recuerda otro elemento esencial de las ciencias de la población: aquel relativo a su dimensión eminentemente política, presente en la denominación *aritmética política* con la que los ingleses bautizaron a la naciente disciplina en el siglo XVII y diluido tras la generalización del más neutro término *demografía* en la Francia decimonónica. Cabe recordar aquí que el concepto de población sólo surgió con la emergencia progresiva del Estado moderno que hizo de las poblaciones y del territorio un elemento clave de gubernamentalidad estatal, en el sentido que da Michel Foucault al término (que quede claro: los conteos de población existieron desde épocas muy antiguas pero no supusieron una conceptualización ni política ni estadística hasta los inicios de la modernidad). La coexistencia en el ámbito bonaerense entre el Estado (sea colonial, sea independiente) y las poblaciones indígenas, que luchaban por el control del territorio y de los recursos, ilustra mejor que ninguna otra esa dimensión política y su traducción en las posibilidades diferenciales de datos estadísticos para el estudio de una y otra población. Las concepciones sobre la población negra esclava (que implicaban en momentos puntuales como el ingreso al país una forma peculiar de contabilidad basada en su potencialidad laboral y no en su condición de individuos) y la supresión de variables étnicas en los censos de población desde mediados del siglo XIX constituyen otro ejemplo en la misma dirección. Por todo ello, la historia de la población despliega su mayor potencialidad cuando el análisis estadístico que le es propio se redobra en una historia de las categorías de medición, es decir, del arte clasificatorio del gobierno de las poblaciones.

La dimensión política no se reduce, desde luego, a sus efectos directos e indirectos sobre las formas de medición, aunque éstos sean centrales porque definen los límites del conocimiento actual. Incluye también las políticas que los Estados aplican tanto en términos generales (es decir, a todos los habitantes) como a subpoblaciones específicas y que se traducen, en este último caso, en derechos diferenciales. Contra las visiones esencialistas tradicionales de los grupos étnicos que los

prescriben como iguales a sí mismos a pesar del corrosivo avance de la historia, la dimensión política supone asimismo el abordaje de las formas de integración, es decir, del mestizaje en el sentido amplio del término, aspecto del que también buscan dar cuenta los capítulos de esta sección.

Los dos últimos capítulos del libro se consagran también al análisis de subpoblaciones específicas, la rural y la urbana. A diferencia de los anteriores, la definición de urbano y rural es de otra naturaleza, pero supone también la reconstrucción de los criterios utilizados por el Estado en cada momento histórico. El recorrido comienza con el estudio de la población rural desde la colonia hasta nuestros días realizado por Rodolfo Bertoncello (capítulo 10). Dado que la distinción entre el ámbito urbano y el rural va adquiriendo mayor importancia a medida que aumenta la urbanización, el capítulo se focaliza en el período posterior, desde el tercer censo nacional de 1914 hasta la actualidad, en el que los cambios han sido más acelerados y sustantivos. Por último, Santiago Linares y Guillermo Velázquez (capítulo 11) abordan la población urbana, pero no en términos generales, es decir, como una categoría de población agregada, sino en base al análisis de la configuración histórica del sistema urbano provincial, con especial atención a las vinculaciones y a las jerarquías existentes entre las localidades que lo componen.

La diversidad de temas abordados en este tomo ha sido posible gracias a la colaboración y convergencia de autores provenientes de diversas disciplinas: historiadores, desde luego, pero también actuarios, antropólogos, arqueólogos, geólogos, geógrafos y demógrafos, disciplinas que, en ocasiones, coexisten e interactúan en el tratamiento de un mismo capítulo. Además de su formación y trayectoria en el tema abordado, los autores han sido elegidos por provenir de ámbitos diferentes, entre los que se encuentran los estudiosos de la ciudad de Buenos Aires y los que trabajan en universidades nacionales existentes en la provincia, como las de La Plata, Luján, Centro (Tandil y Olavarría) y Sur (Bahía Blanca). El Centro de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro, a través de Santiago Linares e Inés Rosso, ha contribuido eficazmente con la realización de los mapas que acompañan la obra.

Como es la regla, invitamos al lector a internarse en los diversos recorridos que proponen las páginas que siguen y a juzgar por sí mismo los resultados. Cualquiera sea el caso, esperamos haber logrado cumplir el objetivo que nos propusimos inicialmente: mostrar que esa amplia geografía de variaciones minimalistas y a veces imperceptibles –“el vértigo horizontal”, como dijo alguna vez Pierre Drieu La Rochelle sobre el paisaje de la pampa, descripción que excede pero obviamente incluye, de modo privilegiado, a la provincia de Buenos Aires– tiene una textura rica y variada, fruto de la densidad específica que en cada punto de su territorio le imprimió la historia.